

La alegría de enseñar

SALVADOR
SANTOYO

Aprender es enfrentarse a algo nuevo académica, técnica, científica o socialmente. Siempre hay algo nuevo. Diario se presenta alguna situación diferente, así va uno haciendo o conociendo cosas; es una tarea que nunca acaba.

Como en 1953 me llamaron del Instituto de Ciencias para suplir a un maestro que había faltado. En pocos años me encarrilé y me gustó el trabajo. Luego, por ese tiempo trabajé en la fábrica Celanese, pero como ya había empezado a dar clases y sentí que me gustaba más el trabajo de la escuela que el de la fábrica, volví al Instituto de Ciencias.

Soy ex alumno del Instituto, ahí hice la secundaria y la preparatoria; terminé ésta en 1952 y al año siguiente fue cuando empecé con la suplencia. Desde 1958 me he dedicado al magisterio.

En 1961 empecé a dar clases en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y desde entonces sólo me dedico al magisterio. Además doy clases en el Instituto de Humanidades y Ciencias de Guadalajara (IHCIG) pues soy también ex alumno de los Misioneros del Espíritu Santo y desde los años 1958 o 1959 trabajo con ellos.

El trabajo docente es para mí el más agradable, tal vez por el trato con la gente. También en una fábrica se tiene que tratar con gente: superiores y subordinados, pero el ambiente en la escuela es más bullanguero, más alegre, hay intercambio entre las personas; eso me fue gustando e influyó en mí.

Toda la vida me han gustado los deportes, incluso a mi edad prefiero dedicar el tiempo que puedo al deporte, en especial el excursionismo. Me di cuenta de que con el trabajo en la escuela podía trabajar todo lo que quería: las horas la escuela hay que dedicarlas a preparar clases, corregir tareas, y en mi materia, la química, mucho tiempo se pasa en los laboratorios, pero nunca desaproveché el tiempo que me quedaba, lo dedicaba al deporte que tanto me gusta.

Ver el fruto del trabajo es una satisfacción; desde la tarea que hacen los muchachos hasta los exámenes finales, un maestro ve de manera concreta el producto de su trabajo. Uno se da cuenta de que los alumnos comprendieron las explicaciones del día anterior, eso es muy satisfactorio. Va pasando el tiempo y creciendo el gusto con el que se acercan los alumnos de años anteriores, o cuando

Aventurero y fotógrafo. En la montaña y en el laboratorio, en el aula y con su vida, "lomita tras lomita" ha enseñado a casi todos los ingenieros químicos del ITESO, a sus "morusas" del Cabañas, a sus compañeros de cubículo. Combina las prácticas de sus cursos con excursiones y campamentos; con él se aprende la

termodinámica y la fisicoquímica, el amor y el respeto a la naturaleza, el orden y la limpieza, la tenacidad y la disciplina. "Chava enseña de él, no del libro", dicen sus alumnos, y "el truco para pasar sus materias es saber y pensar." Sus amigos lo ven como un buen vino: generoso, cálido y sabio; le han dado el título de "honoris causa de la calidad humana".

los vuelve uno a encontrar y ya son profesionistas, tienen su familia y a veces sus hijos están aquí estudiando. Verlos de nueva cuenta es un gozo; incluso después del paréntesis de las vacaciones, cuando regresan a clases, las pláticas de sus peripecias le dan más sabor a la vida.

Sobre la marcha fui aprendiendo a ser maestro. Cuando empecé a dar clases y era maestro emergente llegaba el final del año y dejaba de lado la escuela, “ahí nos vemos el año que entra”. Después empecé a ver que me hacía falta un trabajo más formal. Como no hice ningún estudio magisterial, comencé a preocuparme por tener un trabajo estable, y la coyuntura se dio aquí en el ITESO, ya fue cuando por primera vez me empleé de tiempo fijo, eso me dio más aplomo y tranquilidad.

Al padre Luis Hernández Prieto lo cambiaron del Instituto para acá como director de lo que entonces era Ciencias Químicas, y a él le gustaba la química y también las excursiones.

Un maestro es un apoyo, una ayuda para los alumnos

Me tocó dar clases en unos cursos de verano del Nueva Galicia, eran cursos para normalistas que a base de créditos completaban sus estudios; les impartía clases de química, era gente adulta. Cuando alguien quiere sacar adelante algo y uno le puede ayudar, eso es satisfactorio, a mí me gusta ser útil. No me veo como una autoridad, sino que pienso que el alumno lleva adelante su trabajo para aprender y uno es un facilitador, un ayudante, un apoyo; siempre lo he sentido así. Tal vez la única diferencia del principio era que entonces me apenaba mucho, me sentía muy intranquilo al pensar que me preguntaran algo que no supiera.

Mucho tiempo di clases de matemáticas en tercer grado de secundaria en el Instituto de Ciencias, trataba de preparar todo lo habido y por haber, para que algún día no me fueran a preguntar algo que no supiera. Y cuando así sucedió, o cuando aún sucede, les digo “no lo sé, déjame buscarlo y a ver si te puedo ayudar”, ya sin aquel temor de antes. Y lo hago en todos los niveles, desde universidad hasta secundaria, les digo “no esperes que

uno lo sepa todo, veamos lo más que te puedo ayudar”.

Trabajo así, tranquilo, no en el sentido de no ponerle ganas al asunto, sino de no andar con sobresaltos; ir haciendo lo que buenamente se puede, de la mejor manera que se puede, así considero mi labor como maestro. Con los años y la experiencia se tienen más herramientas para seguir.

El maestro es necesario

Es posible que haya muchas personas con capacidad suficiente para aprender solas, pero creo que la mayoría necesitamos siempre como un empujoncito, porque si no, uno se conforma. Lo veo en los muchachos que son muy inteligentes, que tienen mucha capacidad pero que frecuentemente dejan las cosas para después y adoptan la ley del menor esfuerzo; necesitan cierta presión. También nosotros los profesores necesitamos cierta supervisión, cierta presión, igual que en una fábrica. A los jóvenes les puede dar flojera levantarse temprano, necesitan un acicate para hacer la tarea u otras responsabilidades. Por eso en la medida en que puedo hago evaluaciones, sencillas, para ver qué se dijo el día anterior o para revisar un capítulo que terminamos y así estar atentos de una manera continua. Algunos alumnos se quejan de que están presionados. Sí, exactamente, es hacerles sentir una presión no asfixiante pero que es una tarea, una exigencia: revisión de lo que se hizo ayer, hacer algo de un día para otro, en poco tiempo mostrar lo aprendido. Hay otras materias en las que pueden estudiar los temas o los capítulos de forma independiente, pero en la mía no, para pasar al capítulo segundo es necesario saber el primero. Hay que hacer exámenes, dejarles tarea y evaluarlos. Creo que es lo mejor.

Trato de enseñar disciplina

Para adquirir conocimientos y avanzar en el aspecto científico es necesario adquirir ciertos hábitos. Por ejemplo, en las prácticas de laboratorio los muchachos quieren espectacularidad, algo que truene, pero comienzo con enseñarles a limpiar

su mesa, a ordenar sus “trastecitos”, pues para llegar realmente a ser un buen científico, además de saber los arcanos de la ciencia, necesita uno ser quien asea su mesa, se encarga de tirar la basura, tener limpio el salón, el laboratorio. El deterioro ecológico, la contaminación, la basura son problemas que hacen crisis. Hay que trabajar hábitos y disciplina lo más inmediato que se pueda, desde kínder, sólo así daremos un resultado satisfactorio: buenos trabajadores, personas con licencia-tura y buena aceptación, desempeño, futuro, no sólo en la cuestión académica sino en sus cualidades humanas y trato social.

Durante años se han generalizado ideas de libertad en la educación, de que todo mundo se sienta a gusto. Sentirse a gusto sin pensar en los demás muchas veces genera molestia a otras personas; en ocasiones hay que sacrificar algo de los intereses propios. No siempre el trabajo académico es agradable, pienso que para seguir adelante se necesita, antes que nada, aceptar que hay que trabajar, y si resulta agradable qué bien, pero si no es así también se debe hacer, porque de eso se aprende.

Creo que se ha tergiversado el concepto de disciplina y cada vez cuesta más mantener un grupo sin esa idea de trabajo. Tenemos que enseñar a sentirse parte integrante de una sociedad en donde siempre hay que pensar en los demás. Transmitir esos valores es parte de ser maestro.

Percibo que la educación está fallando en el sentido de no formar en la disciplina. No es que piense que “el tiempo pasado fue mejor”, pero hay datos acerca de la proliferación de niños de la calle. Tengo trato con grupos de niños que se van a la calle, éstos que la Procuraduría de Justicia anda por ahí recogiendo, con otros de un albergue y, en los últimos años, con los del Hospicio Cabañas. Son instituciones que los atienden bien en la medida que pueden.

Esos chicos no siempre son maltratados en su casa, sino que fácilmente se van a la calle porque no quieren hacer lo que les mandan; me he dado cuenta de que hay muchos que prefieren la vagancia a la obligación. Hay muchos que se escapan porque los ponen a barrer o los regañan por alguna pequeña cosa y en un momento de disgusto buscan la manera de irse sin valorar el cuidado, la

atención y educación que los hace útiles a la sociedad, no parásitos o delincuentes. Esto tiene relación con esa actitud de sentirse a gusto, sin molestias ni presiones. Enseñar esto le cuesta más trabajo al maestro, es difícil hacer que el joven entienda que un maestro debe obligarse a ejercer cierta presión, porque en la vida hay presión y obligaciones.

Educar es ayudar y estar atento

Educar es ayudar a las personas a comportarse y ser útiles a la sociedad, no una piedra en el zapato, no un engrane roto, sino alguien que construye de forma positiva, que ayuda a los demás. Por eso pienso que la educación puede implicar desde estar atento a los procesos de aprendizaje, dejar tarea, revisar que la cumplan, hasta estar pendiente de la limpieza en el salón. Trabajar en un salón sucio produce hábitos de falta de limpieza, que afectarán en otros ámbitos como la alimentación, la salud, etcétera. Cada vez se produce más y más basura, decimos “pon la basura en su lugar” pero después nos preguntamos ¿dónde es el lugar de la basura?: ¿el camión repartidor? ¿el municipio? Hay proveedores que no encuentran dónde tirar la basura que generan.

La basura del laboratorio a veces son papales porque es más fácil utilizarlos y tirarlos en la basura; pero es mejor tener un trapito para limpiar pues hay que ayudar a reducir la generación de basura.

Estos detallitos como el de acostumbrar a los alumnos a recoger un papelito por ahí, por allá, implican cierto esfuerzo en el maestro y creo que educan a los jóvenes. Un encargado o un prefecto de la disciplina no hace que la gente se haga responsable, pero en una institución educativa, escuela o universidad, el maestro tiene que considerar acciones para formar en la responsabilidad.

Me acuerdo cuando murió el padre Hernández Prieto, que era director de los químicos; lo suplí y en las juntas del Consejo Académico, cuando era rector el padre Xavier Scheifler, puesto que se había arreglado la entrada al ITESO —no como está ahora, el arreglo agilizaba más el fluido de los vehículos—, se vio la necesidad de poner topes. Los

pusieron mal, demasiado altos. Yo sentía los topes, aun los de la ciudad, como molestia, un estorbo; pero son una necesidad, porque si yo no vengo desbocado en la carrera, habrá otros que sí, que la medida de su velocidad es la capacidad del motor y no se fijan en otras cosas.

Un día el rector salía del ITESO y vio a unos muchachos que estaban con sus marros quitando los topes. Su comentario al respecto, que a mi me convenció, fue: “Pasaron otras personas mayores, maestros, y nadie les dijo nada. Hay que intervenir todos, porque es patrimonio y porque estamos educando. Que están mal puestos (los topes), es verdad, pero eso se arregla. Tenemos que impedir esas acciones, tenemos que regañar a la gente.”

Yo diría: primero hay que hacer una intervención conciliatoria, dar un consejo; si no hacen caso, entonces tiene que haber una amonestación, que quizá cause enemistad, pues los muchachos se pueden disgustar a veces, pero para que la educación marche será necesario enfrentarse.

Ahora hay mucho personal de mantenimiento y la situación cambia, pero si un muchacho de cualquier edad no tiene esa convicción, ese hábito, no va a respetar a los conserjes, a los del aseo, a la gente que está encargada de eso.

Para educar, uno tiene que tomar conciencia de lo que debe hacerse en todos sentidos, y comenzar por uno mismo, actuar con el ejemplo y en la medida que pueda, tratar de que las otras personas vayan comprendiendo, “entrando en carril” en todos sentidos. Por ejemplo, en el final del año empiezan los baños con las mangueras; está bien esa libertad, el problema es que los muchachos no sólo se bañan en el pasto sino que pasan por el corredor, echan cubetazos dentro de un salón y, si se ofrece, van hasta la biblioteca. Que haya festejos cuerdos, que la alegría tenga un límite.

No se debe esperar a que la gente obre sin control, hay que sacar la cara y enfrentar la situación antes de que sea grave, tratar de que las personas tomen conciencia y se controlen a tiempo. Hacer lo que se debe y no hacer lo que no se debe, así entiendo la educación.

Proponerse una meta

Espero que los alumnos vayan dando muestras de un avance en cualquier sentido, porque realmente habrá unos que comienzan desde un nivel más bajo, por los antecedentes familiares o escolares que tienen; no todos consiguen la misma meta en un determinado tiempo, es importante tener disposición para aprender.

Imparto clases en primer semestre. Llega muy dispereja la formación de los alumnos, observo eso y me doy cuenta de que no siempre se puede llevar igual el programa, pero sí puede fijarse un programa como meta, como ideal. Si se logra, qué bueno, pero si algún alumno está tan atrasado que por mucho que trabaje no consigue terminar el programa, es más meritorio y gratificante ver que consiguió la mitad del ideal y avanzó.

Lo malo es cuando los alumnos están cruzados de brazos, que va uno avanzando en el programa y empiezan a tener malas calificaciones en los exámenes y aun a pesar de eso el joven no reacciona o pregunta ¿por qué?, ¿cómo le hago?, ¿qué me falta?, y llega el examen final y las apuraciones y a veces los llantos. De ellos esperaría que pusieran manos a la obra, revisaran lo que avanzamos un día para otro, y si en un semestre no lograron pasar, ponerse al corriente.

Lo que sí es alcanzable para todo mundo es ese esfuerzo, la intención de hacer las cosas, de cualquier tipo; tarde o temprano, con empeño uno consigue aquello por lo que se esfuerza. Hay gente que sobresale y otros con menos facultades, pero todos podemos aprender. Por ejemplo, aprender a jugar fútbol como para divertirse en el recreo o para jugar en el estadio. Igual a nivel académico, podemos ir consiguiendo metas cuando nos lo proponemos.

Cambios sí, pero con sentido

Veo que ahora hay mucha planeación, calendarización de las tareas, más recursos. Antes había que dictar porque los recursos eran otros, por ejem-

plo, no había copiadoras. Y, claro, a veces se vician las cosas y encontramos profesores que para pasar el rato se ponen a dictar. Antes tenía uno que buscar la manera de distribuir la información a los alumnos; ahora los libros de prácticas de laboratorio vienen con especificaciones que no siempre ayudan a pensar, como “llenar aquí 30 kilos y aquí 20 gramos”, eso a veces no sirve en la vida práctica.

Otro ejemplo es la caligrafía y la ortografía. Hoy cuesta trabajo descifrar los jeroglíficos de los muchachos. Exigir buena ortografía es importante, pues algún día tendrán que hacer una reseña, un informe.

Me censuran porque mis alumnos no usan libro de texto sino que vamos construyendo la práctica en el salón. Es más fácil seguir el libro, pero no se trata de hacer las cosas lo más fácil; se busca hacerlas lo mejor posible. Ahora, si encontramos la manera de hacerlas bien y fácil, mejor; si no, hay que entrarle.

Si volviera a empezar mi vida magisterial modificaría tantas oportunidades en los exámenes, ahora hay muchas opciones, en unas escuelas más que en otras, supongo que se hace creyendo que si no trabajaron los alumnos en la primera opción, se les da un segundo examen, un tercero y hasta un cuarto, entonces tarde o temprano van a cumplir con el trabajo. No estoy de acuerdo, mientras más oportunidades tienen, menos se esfuerzan, y la verdad es que uno consigue menos en el aprendizaje precisamente porque no hay esa presión.

Ahora el maestro tiene que preparar sus clases y exposiciones de manera que facilite las cosas, con la creencia de que así se va a conseguir mejor fruto. Pienso que la realidad ha sido lo contrario, cuando no tienen muchos recursos, los jóvenes buscan cómo hacer lo que se requiere. Un ejemplo fue cuando, en esa época en que estaba supliendo al padre Hernández Prieto, vino alguien de México a reclutar ingenieros químicos y le sugirieron venir primero al ITESO, luego a la Autónoma y después a la Universidad de Guadalajara. Algunos ingenieros se preguntaron por qué, si nosotros hubiéramos querido ir a estudiar a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). La respuesta fue que allá tenían todos

los instrumentos y les cuesta trabajar sin ellos, no son como nuestros mecánicos “a la mexicana”, que buscan soluciones y hacen componendas.

Empezamos sin laboratorios pero ahora se va progresando, más el que tiene interés no se fija si en el lavabo hay o no hay agua corriente. Ahora los muchachos para escoger una escuela ven primero cómo están los laboratorios, los talleres, las computadoras, muy bien todo lo relacionado con la práctica, pero dejan a otros factores la responsabilidad de su aprendizaje. Con las computadoras empezó a ser comodísimo el trabajo, cuando pedía los reportes de trabajos de laboratorio argumentaban que las computadoras estaban saturadas; entonces les contestaba que tenían que hacer el informe, ya fuera a mano o en máquina de escribir.

Para operaciones sencillas utilizan la calculadora, no tratan de pensar, se quieren evitar la molestia de razonar. Cuando se tiene un problema en la vida práctica, hay que resolverlo, tratar de discurrir su solución hasta lograrla, y no cruzarse de brazos. Pero ahora se enseña el esfuerzo. Creo que se ha ido relajando el deseo de aprender en todos los aspectos, no sólo académicamente. Se necesita un vivir más austero, diría yo.

En los exámenes, pongo a los alumnos a ver quemarse el carbón, a observar cuánto de esto y cuánto de lo otro, les pongo problemas intencionalmente.

No todo es negativo, hay cambios positivos, pero me atrevo a decir que los efectos negativos son serios y que el maestro tiene que esforzarse más para educar. Antes la labor de un maestro era más halagüeña y llevadera por la disposición que tenían los muchachos para aprender; ahora resulta un tanto más ardua, difícil, áspera, porque uno tiene que prodigarse más y quizá obtener resultados más pobres.

A veces se pierde

Han habido casos en que se perdió la partida con los alumnos, por actitudes, detalles, sucesos en que alcanza uno a darse cuenta de la rebeldía de los muchachos; a veces son a nivel pequeño o sencillo, por ejemplo, en esa insistencia mía de la lim-

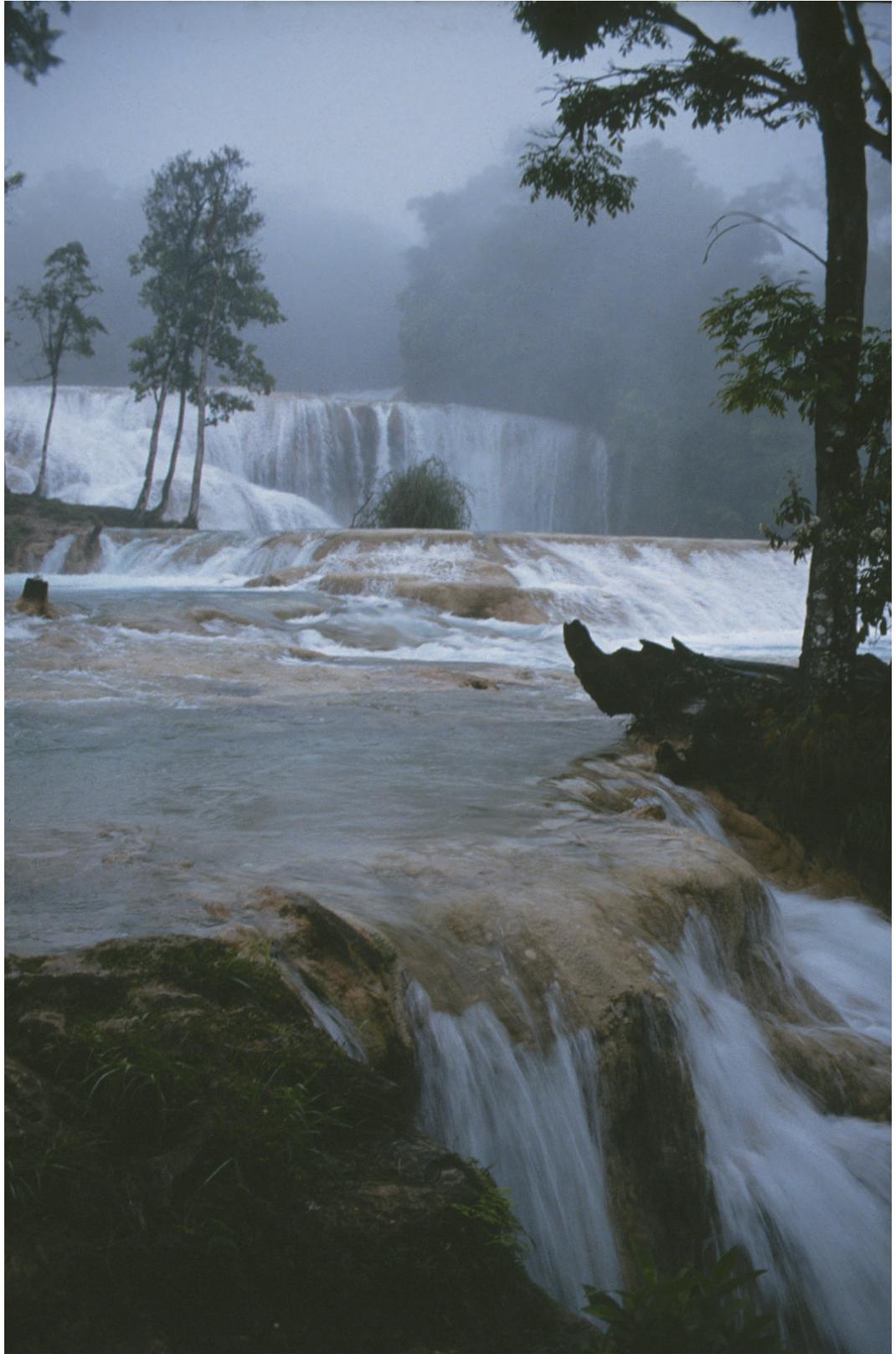
pieza en el salón, observar y pedir que recojan un papel, que no golpeen la mesa. A veces no trascienden, pero en otras son detalles más graves. En una ocasión aventaron un petardo en mi casa y rompió los vidrios del carro. Afortunadamente no pasó más. No dudé de que la causante había sido una niña de preparatoria que todo el semestre no trabajó, “pagada de sí misma” y de pilón con un novio que le daba ánimos. En los exámenes finales de semestre reprobó, habló conmigo, me dijo: “Oye, ve como le hago, porque yo no puedo tro-

nar.” Discutimos un rato, fue a mi casa y otra vez ahí discutimos, así que la invité a salir de la casa. Uno o dos días después fue el petardazo. Unos llegan a entender, otros ni lo razonan. Creo que con el tiempo esto se va recrudesciendo, por esa libertad mal entendida, ese ir cada uno por su lado.

Ahora que ya se va acercando uno a la edad de “oír pasos en la azotea”, satisface sentir que sirvió de algo, no en cosas trascendentes o notables, pero con perseverancia. Y con ella trato de colaborar, de servir, de vivir la vida sin muchos huecos.



Mauricio Figueroa



Federico Vallejo